

didada general de administracion, se podia ya contar con las luces y observaciones prácticas de los ciudadanos mas distinguidos bajo todos aspectos.» El mérito de Carlos III. y de sus ilustrados ministros en la creacion de sociedades económicas estuvo, no solamente en no temer, sino en fomentar ellos mismos esas asociaciones en que se discuten y dilucidan puntos y doctrinas de gobierno y administracion, que por la clase de personas que las componen suelen hacerse respetables, poderosas y temibles á los gobiernos absolutos. Pero el monarca y sus consejeros tenian confianza en sus intenciones y en la justicia de sus medidas, encaminadas todas á la instruccion del pueblo, á las mejoras sociales, al destierro del ocio, y á la proteccion y premio del mérito, de la aplicacion y del trabajo. Si aquellas instituciones no produjeron todo el bien que hubiera sido de desear, culpa fué de otras causas, no de sus autores, y de todos modos no fueron pequeños los beneficios que de ellas reportó el Estado.

CAPITULO XIII.

LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA

GUERRA DE FRANCIA Y ESPAÑA CONTRA INGLATERRA.

De 1776 á 1781.

Los anglo-americanos —Causas y principio de su rebelion.—Se declaran en abierta resistencia al gobierno de la metrópoli.—Discordias intestinas en la Gran Bretaña.—Proteccion de Francia á los sublevados.—Nombran éstos general en jefe á Jorge Washington.—Carácter y prendas de este personage.—Proclámase la independencia de los Estados-Unidos.—Washington dictador.—Sus triunfos contra los ingleses.—Alianza de Francia con la América del Norte.—Combate naval entre ingleses y franceses.—Conducta del monarca y del gobierno español en esta contienda.—Comportamiento de Floridablanca.—Su manejo con las córtes de Londres y París.—Hácese Carlos III. mediador para la paz.—Encontradas pretensiones de aquellas dos potencias.—Proposiciones que hace Carlos III.—Deséchalas la Inglaterra.—Retírase el embajador español de Londres.—Declaracion de guerra.—Plan del conde de Aranda.—Reunion de las escuadras francesa y española.—Espedicion contra Inglaterra.—Fatales resultados de esta malograda tentativa.—Bloqueo de Gibraltar.—Apuro de la plaza.—La escuadra inglesa de Rodney.—Aprisa una flota española.—Sorprende y destruye la escuadra de Lángara.—Heróico, aunque desastroso combate naval.—Espedicion inglesa y española á las Indias Occiden-

tales: Rodney; Solano.—Suceso de las islas Azores: rica presa de una flota británica.—Campaña de América.—Hazañas y triunfos de don Bernardo de Galvez en la Florida.—De don Matías de Galvez en Honduras.—Pérdidas de los ingleses.—Guerra entre Inglaterra y Holanda.—Famoso combate en el Báltico.—Sucesos de la América del Norte en los años 79, 80 y 81.—Célebre triunfo de Washington en York-Town.—Preludio de la emancipación de los Estados-Unidos.

Volvamos otra vez la vista á los acontecimientos exteriores que por este tiempo traian ocupada la atención y la política del gobierno español; que aunque pasaban allá en estrañas y muy apartadas regiones allende los mares, y aunque parecian cuestiones que debieran ventilarse entre otras potencias por versar sobre dominios que no nos pertenecian, habia en verdad gravísimas razones para que el soberano y el gobierno de España no pudieran ser en ellas espectadores indiferentes.

Nos referimos ahora á la célebre rebelion de las colonias inglesas de la América del Norte contra su metrópoli, y á la lucha que con este motivo se habia empeñado, y que habia de concluir por hacerse aquellos Estados independientes, variando con esto de todo punto la faz de aquellas estensas é importantes regiones del Nuevo Mundo. Conocedoras de su importancia y orgullosas de su propia fuerza aquellas provincias, y mas desde la agregación de la Florida y el Canadá; refugio y asilo de los que con motivo de las contiendas religiosas y de las guerras civiles de Ingla-

terra habian abandonado su patria por vivir libres de persecuciones; ricos y prósperos aquellos pueblos con el producto del trabajo y de la industria; no participando ni de las ventajas ni del esplendor del gobierno monárquico, cuyo brillo no podia alcanzarlos á tan larga distancia, y cundiendo cada dia entre ellos el espíritu de independencian y el espíritu republicano, pequeñas causas bastaban á disgustar á los que ya sobrellevaban de mal grado su sujecion á la metrópoli. Y estas causas, de cuya justicia ó injusticia no juzgamos ahora, vinieron, primeramente con querer destruirles el comercio de contrabando que hacian con las colonias españolas, después con imponerles algun tributo para el sostenimiento de las cargas públicas del Estado, y principalmente para los gastos de la guerra hecha para su propia seguridad.

Por mas que para no ofender á un pueblo independiente se estableciera el impuesto bajo la delicada forma de derecho de timbre, rechazáronle aquellos americanos, fundándose en no haber sido obtenido su consentimiento conforme á los principios de la constitucion inglesa, y los encargados de su administracion fueron objeto de insultos y malos tratamientos. No sirvió á los débiles ministros que se sucedieron en el gabinete británico ni abolir aquella contribucion y reemplazarla con otras, ni dejarlas reducidas á un simple recargo sobre el té, menos como recurso rentístico que como signo del derecho del parlamento, y

como cuestión de dignidad nacional; no se aquietó el espíritu de rebelion de los colonos, antes bien fué en aumento, sostenido y alentado por fogosos y elocuentes partidarios que su causa tenia en las mismas cámaras inglesas. Oradores como Pitt, Wilkes y Burke abogaban en favor suyo, no les faltaban simpatías en el pueblo, y esto los animó á tomar una actitud de abierta resistencia. El gobierno de la metrópoli envió tropas para hacerse obedecer; la guerra empezó; aquellas venían en casi todos los reencuentros á los disidentes, como acontece por lo comun en los principios de toda insurreccion; mas por una parte no era fácil sujetar una poblacion numerosa derramada por un vasto territorio para ella conocido, por otra la Francia se aprovechaba de aquella ocasion para debilitar á su rival, y no se contentaba con fomentar secretamente la rebelion, sino que enviaba socorros efectivos á los sublevados. Esta proteccion, la marcha débil é indecisa del gobierno inglés y las discordias intestinas de la Gran Bretaña dieron lugar á que en el curso de la lucha se organizara la insurreccion de los norte-americanos, en términos, que al cabo de algun tiempo celebraron un congreso en Filadelfia (diciembre, 1774), compuesto de diputados de las provincias sublevadas, el cual, si no acabó de romper todos los lazos con la metrópoli, obró ya á modo de un gobierno regular, dictó leyes, creó papel moneda, abolió los impuestos, prohibió el uso de todos los productos ingleses, y confió el mando

en jefe de las fuerzas del pais á Jorge Washington, ciudadano de Virginia, mayor general de sus milicias, ya acreditado en la guerra anterior, hombre de carácter grave, digno y reservado, que habia de acabar por ser la figura mas grande y mas noble de los tiempos modernos.

Washington toma el mando de un ejército compuesto solo de catorce mil hombres, sin ingenieros ni artilleros, sin pólvora ni bayonetas, soldados enganchados solo por un año y que se desertaban cuando querian. Inglaterra preparaba el envío de nuevas tropas, pero Washington se apodera de Boston, abandonada por William-Howe por falta de víveres; aproximase la escuadra inglesa; el congreso reconoce la urgente necesidad de tomar una resolucion decisiva, y proclama la independenciam de los Estados Unidos de la América del Norte (14 de octubre, 1776). Este paso no les permitia ya retroceder. Habian pasado el Rubicon, como dice un escritor extranjero. Uno de los primeros actos de soberanía fué enviar agentes diplomáticos á las córtes de Europa, y principalmente á Francia, cuya mision se encomendó á Silas Deane y Arturo Lee, y despues al famoso Franklin, agente principal de la revolucion y célebre por sus descubrimientos físicos. El gobierno francés los recibió, protegió y agasajó, aunque no los reconoció pública y oficialmente. Formaban entonces la Union once provincias; despues se les adhirieron otras dos. Algunas no solo rehu-

saron la adhesión, sino que se unieron al ejército inglés y combatieron contra sus propios paisanos. Inglaterra envió cincuenta mil hombres al mando del general Howe, que derrotó las mal armadas y mal disciplinadas tropas de la Unión; el terror se apoderó de los sublevados, que huyeron á los bosques y desiertos; el congreso abandonó á Filadelfia y se refugió á Baltimore; Washington, con solos tres mil infantes medio desnudos y casi desarmados, participó también del desánimo, porque la causa parecía desesperada. Pero el congreso le nombra dictador, y aquel hombre intrépido reúne hasta siete mil hombres, sorprende y hace prisionero en Trenton un cuerpo de tropas americanas; renace la esperanza y el valor en los americanos; el congreso vuelve á Filadelfia, y Washington triunfa en Saratoga del general Bourgoyne rindiendo á diez mil hombres que mandaba. Reanimanse más los americanos, y prorogan á Washington su dictadura hasta la paz ⁽¹⁾.

(1) Sobre el levantamiento y la independencia de aquellas colonias, cuyo importantísimo suceso nosotros no podemos hacer sino apuntar como fundamento para explicar la parte que en él tomó después la España, puede verse la obra de Mr. Guizot titulada: *Washington; Fundacion de la república de los Estados-Unidos de América*; la *Historia de América*, de William Robertson; el *Ensayo histórico y político sobre los anglo-americanos*, y otras obras especiales sobre la materia. Tampoco nos incumbe hacer

la historia de aquella célebre guerra, sino fijar los antecedentes indispensables para juzgar y apreciar la política del gobierno español desde que comenzó á intervenir en aquel importantísimo acontecimiento. La marcha que fué llevando se puede ver en las Gacetas de Madrid de aquellos años, donde se publicaban todas las noticias que se tenían de los sucesos de la guerra, los discursos de las cámaras inglesas, las medidas de los gabinetes de la Gran Bretaña, de Francia, etc.

Ocasión oportuna pareció esta al gobierno francés para abrazar abiertamente la causa de los anglo-americanos, que hasta entonces no habían hecho sino proteger secretamente bajo las formas de una aparente neutralidad. Y cuando la Inglaterra trataba de un arreglo que pudiera conciliar su supremacía con la libertad de las colonias, Francia procedió á celebrar un tratado de unión y amistad con los representantes americanos enviados á París, por el cual reconoció la independencia de la América del Norte, ofreciendo aquellos en cambio á nombre de las colonias no volver á someterse jamás á la corona de Inglaterra. La notificación de este ajuste hecha á la Gran Bretaña (13 de marzo, 1778) fué la señal de guerra. Una escuadra francesa de doce navíos al mando del conde de Estaing fué enviada á América, juntamente con un ministro residente para la nueva república. Otra escuadra de la misma nación de treinta y dos buques al mando del almirante Orvilliers sostuvo en el mismo año (17 de setiembre) en el canal de la Mancha un reñido combate con la inglesa de treinta y un buques de guerra que mandaba Keppel, en que los franceses proclamaron haber quedado vencedores, pero ambas armadas se retiraron con pérdida casi igual, la una al puerto de Brest, la otra al de Portsmouth. Ambas naciones trataron de encender la guerra en otras regiones del globo, en las cuales llevaron ventaja las fuerzas navales de los ingleses, viéndose los franceses obligados á restituir á

Pondichery, único establecimiento que les quedaba en la India, y apoderándose aquellos primeramente de Santa Lucía y la Dominica en América, y después de Gorea y el Senegal en la costa de Africa.

Veamos ahora el papel que fué representando España en esta contienda. El tratado de límites con Portugal en 1777, la paz con aquella nacion, la posesion en que quedó de la colonia del Sacramento y el señorío del Rio de la Plata, y la garantía ofrecida por los portugueses respecto á la seguridad de los dominios españoles en la América Meridional, no solo contra los enemigos exteriores, sino también contra las sublevaciones intestinas ⁽¹⁾, la habian colocado en situacion desembarazada y ventajosa. Asi no es extraño que Francia é Inglaterra solicitáran á porfía su amistad como en los tiempos de Fernando VI.; que el gobierno británico, entre otros medios, empleára el de representar al monarca español el peligro de la tranquilidad de sus colonias si veian el funesto ejemplo de triunfar la rebelion en el Norte de América; y que el gabinete francés se esforzára por persuadirle ser interés comun de los Borbones aprovechar aquella ocasion para enflaquecer ó destruir una nacion rival y quitarle su influjo en América y en el continente europeo. Pero Carlos III. manifestó al embajador inglés lord Grantham que era completamente extraño al ajus-

(1) Véase el cap. 9. de este libro.

te entre Francia y los Estados-Unidos, ni habia tenido noticia de él hasta despues de hecho; y el ministro Floridablanca declaró que consideraba la independencia de las colonias americanas no menos perjudicial á España que á la misma Inglaterra.

«A pesar de estas seguridades reiteradas y solemnes, dice al llegar aqui un historiador inglés, continuó el ministro español haciendo preparativos de guerra, meditando ya unirse con Francia, á fin de repartirse los despojos de una nacion que creian caminaba á su fin. El modo que se empleó para declarar el rompimiento no fué ni franco ni atrevido, sino insidioso, totalmente opuesto al carácter franco de la nacion española, y poco honroso para un soberano que se jactaba de ser fiel observador de las reglas de la buena fé y de la justicia. El pretesto ostensible para intervenir en esta querella fué la trivial proposicion de mediacion, etc. ⁽¹⁾.»

Creemos que el historiador inglés, al suponer esta mala fé en el monarca español y su primer ministro, no estuvo bien informado de lo que habia mediado entre los ministros de Francia y España en este negocio, y cúmplenos á fuer de españoles reponer en su lugar la verdad segun nuestros datos. Es cierto que al ver enardecida la guerra del Norte de América, el conde de Floridablanca, como hombre previsor, habia pro-

(1) William Coxe, España bajo cap. 70. el reinado de la casa de Borbon,

puesto al ministro de Francia Vergennes la conveniencia de que se enviáran algunas fuerzas francesas y españolas á las islas de Santo Domingo y de Cuba, ya como medida de prevencion que la prudencia aconsejaba para la seguridad de aquellas colonias ardiendo tan cerca el fuego de la insurreccion y de la guerra, ya porque poniéndose en actitud de ser respetados podría llegar el caso de negociar con utilidad. Pero esto habia de hacerse lentamente, y sin ruido ni aparato de agresion: por el contrario, proponíase evitar que la Francia arrastrára nuestra nacion á un rompimiento que el rey no queria, al propio tiempo que prevenirse para no verse en la necesidad de recibir la ley de aquella potencia.

Los ministros de Luis XVI. se empeñaron en no acceder en manera alguna al envío de refuerzos á las Antillas, y esta falta de concierto produjo cierta frialdad entre las dos córtes, y que cada una diera distinto rumbo á su política en la cuestion americana. Floridablanca no disimulaba su desconfianza del gabinete francés. Y cuando más adelante el conde de Vergennes, por conducto del de Montmorin, embajador en Madrid, se manifestó dispuesto á seguir cualquier plan que se le propusiera de España para batallar con Inglaterra, todavía el ministro español mostró no abrigar semejante designio, y se abstuvo de dar respuesta satisfactoria ⁽¹⁾. Tan ageno estaba el gobierno

(1) Cartas del conde de Floridablanca al de Vergennes y al

español de obrar de la manera insidiosa que supone el escritor citado.

Asi fué que Francia se presentó sola en la lucha, sin que por eso España dejára de hacer preparativos de guerra, para que los sucesos que pudieran sobrevenir no la cogieran desapercibida. Verdad es que el conde de Aranda, nuestro embajador entonces en París, conforme á su carácter impetuoso y vehemente, opinaba por que se hiciera la guerra á los ingleses en unión con Francia para domar su poder tiránico en los mares, no de un modo insidioso, sino abierta, franca y rápidamente. Pero tambien lo es que Floridablanca era de contraria opinion, que anhelaba la paz y preferia las negociaciones, porque recelaba siempre que en el caso de unirse á Francia para la lucha, al cabo se hiciese una paz útil á las ideas de aquella nacion, y de la cual no sacára España ningun provecho ⁽¹⁾. Asi fué que España, en demostracion de sus buenas intenciones, se ofreció á ser mediadora para la pacificacion del Nuevo Mundo, á cuyo efecto se trasladó de Lisboa á Lóndres el conde de Almodóvar (17 de enero, 1779), por hallarse gravemente enfermo el embajador príncipe de Masserano, dando al propio tiempo una prueba de su neutralidad con no querer negociar con el agente de los Estados-Unidos en Madrid. Para facilitar

de Aranda, de abril, agosto y diciembre de 1777, y junio de 1778.

(1) Correspondencia entre Aranda y Floridablanca, agosto y setiembre de 1778.

más la negociacion se ofreció la córte de España á entablarla la primera, á fin de ahorrar á las otras dos partes la repugnancia de dar los primeros pasos, y que cada gobierno enviara sus proposiciones á Madrid, donde podria abrirse una discusion franca y libre hasta venir á un tratado definitivo (1).

Pero Inglaterra partia del principio de asistirle un derecho incontestable á entenderse sola con sus colonias sin intervencion estraña, bien que declarando que se apresuraria á restablecer la buena armonía entre las dos potencias tan luego como Francia retirara su apoyo á los norte-americanos; y Francia pedia como condicion preliminar que Inglaterra reconociera la independencia de las colonias. No era fácil negociar sobre bases tan opuestas sin una mediacion arbitral, y esta fué la que quiso interponer España, presentando sucesivamente estos tres proyectos: 1.º Una tregua de veinte y cinco años entre Inglaterra y sus colonias, durante la cual se arreglarían en pacífico debate los puntos en litigio: 2.º Una tregua con Francia y sus colonias: 3.º Una tregua indefinida con las colonias

(1) En todo esto conviene con nosotros William Coxe, pero insistiendo siempre en interpretar de capciosas y hechas de mala fé estas proposiciones del monarca y del gobierno español.— Ferrer del Rio en el cap. 4.º del libro V. de su Historia de Carlos III., combate como nosotros esta acusacion del historiador in-

glés, fundado en las muchas manifestaciones que en contrario sentido hizo entonces y habia hecho ántes el conde de Floridablanca, no á agente alguno extranjero, lo cual pudiera atribuirse á disimulo, sino al mismo embajador español en París, que no opinaba como él.

y Francia, á condicion de reunir, avisando con un año de antelacion, un congreso en Madrid, compuesto de representantes de las tres partes, y ademas uno de España. Mas como quiera que en cada uno de estos proyectos viese Inglaterra implícitamente envuelto el pensamiento de que en tanto que se hiciera el ajuste habian de gozar las colonias de la independencia de hecho, los fué desechando todos, declarando por último, que si se la obligaba á asentir á semejantes condiciones, seria mas honroso y menos humillante para la nacion concederlas directamente á los americanos, que consentirlas mediando Francia, si bien á la negativa acompañaban espresiones de consideracion y respeto al monarca español.

Mas antes que esta última respuesta llegara á Madrid, ya Carlos III. habia tomado una resolucion; y la resolucion fué abandonar el papel de mediador, declararse por la guerra en union con la Francia, y enviar órdenes al embajador de Lóndres conde de Almodóvar para que se retirara de aquella córte, con instrucciones para cohonestar este paso (junio, 1779). Desde este punto no nos es dado justificar como hasta aqui la política de Carlos III. y de su córte, bien que le incomodaran las respuestas ambiguas ó evasivas de la de Lóndres á sus diferentes planes de acomodamiento, y que se quejara tambien de falta de atencion á su persona. Cierta que en una carta que el de Almodóvar escribió al secretario de Estado lord Weymouth,